

Ordenación de Presbíteros y Diáconos

Homilía

San Benito Abad
13 de marzo de 2021

✠ Mario Aurelio Cardenal Poli

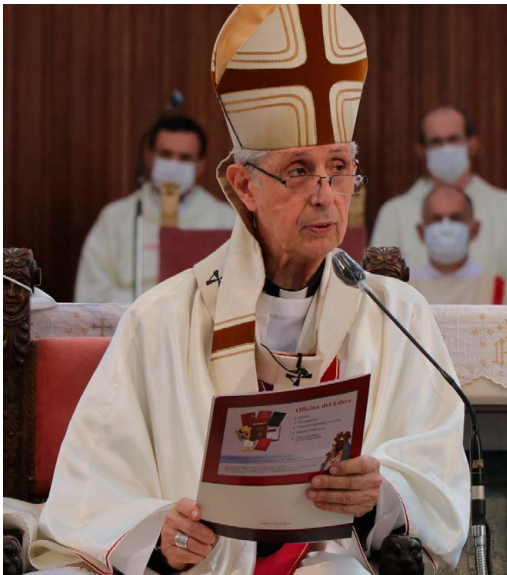
Primera lectura: 2 Cor 4, 1-2. 5-7
Evangelio: Jn 21,15-17

El ministerio apostólico tiene su origen en el deseo cordial de Jesús de hacernos participar de su sacerdocio eterno. San Pablo llama a ese don gratuito, incondicional e inmerecido «investidura misericordiosa», que solo Él puede conceder. Eso es lo que va a acontecer en este antiguo y sublime rito de la ordenación de los Diáconos y Presbíteros.

La aparición del Resucitado a orillas del lago de Tiberíades nos ilumina para comprender lo que estamos celebrando, porque ese pasaje se convertirá en la

confirmación de la investidura de Pedro como pastor del rebaño de Jesús, pero antes tendrá que pasar por el crisol del amor, para que todo sea noble y auténtico. Jesús hubiera podido obviar este interrogatorio porque «Él sabía lo que hay en el interior del hombre» (Jn 2,25) y «discierne los pensamientos y sentimientos del corazón» (Hb 4,12); no obstante, conviene que los labios que días antes lo negaron, ahora se purifiquen con el lenguaje amoroso de una adhesión incondicional, como la que espera el Señor en cada renovación de la promesa sacerdotal. Lo que el Maestro hizo en ese encuentro tiene algo de enseñanza, pero sobre todo es una renovación de la Alianza con Dios, quien eligió a Pedro para ser la roca eterna de su Iglesia; y Dios no retira su promesa, Él es fiel.

«¿Pedro, me amas?». Quien pregunta es el Buen Pastor que ama a las ovejas, y que no dudó en dar la vida por el rebaño (cfr. Jn 10, 11). Pedro escucha y conforme se suceden las preguntas, su conciencia le reprocha no haber seguido a su Maestro hasta el pie de la Cruz. Cómo confiar su Iglesia sin que haya dado muestras de un amor muy grande, sin ni siquiera reparar en el martirio que le espera. Aquel pasaje fue un instante, suficiente para que quede sellada la íntima unidad entre ministerio apostólico y amor. Y las últimas palabras que predicen la muerte del apóstol, adelantan lo que será la perfecta imitación de Cristo en la Cruz.





Es un privilegio concedido al discípulo que retorna convertido por la vía del amor.

Queridos jóvenes: el ministerio que Jesús ha recibido del Padre, el mismo que hoy ustedes lo reciben por la imposición de nuestras manos, también está en íntima relación con el deseo manifiesto de darlo todo por las ovejas, las que pertenecen a Jesús y Él se las confía.

Pocos pasajes evangélicos donde Pedro es protagonista fueron recordados como este en el curso de la vida de la Iglesia. Acaso porque el Señor no se detiene en la debilidad de su primer Vicario en la tierra, sino que muestra la benignidad de su misericordia confirmándolo en su ministerio apostólico. La Iglesia guardará en la memoria aquella sentencia de San Agustín: «No te entristezcas, apóstol; responde una vez, responde dos, responde tres. Venza por tres veces tu profesión de amor, ya que por tres veces el temor venció tu presunción. Tres veces ha de ser desatado lo que por tres veces habías ligado. Desata por el amor lo que habías ligado por el temor»¹.

El ministerio ordenado recorre un bello y verdadero camino, entre las luces de las gracias que siempre nos asisten y nuestras debilidades que nos hacen pasar malos ratos –si lo ocultase no sería honesto con ustedes, muchachos–. Pero siempre habrá una puerta abierta de la misericordia para que el amor herido busque el bálsamo del perdón, y así sean setenta veces siete, podrán comprobar –según San Pablo–, cómo es posible permanecer unidos a Él, a pesar de que «nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios» (2 Co 4,7).

Muy queridos hermanos: Andrés, Efraín Tomás, Marcos Alejandro, Joaquín María, Juan Diego, Alejandro José, Germán y Walberto Daniel. El sacerdocio nos ofrece una vida feliz, no exento de las pruebas que nos unirán más a Él, y por eso habrá abundancia de consuelos, además de las caricias de la Madre Inmaculada que nos cuida en el camino.

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

1. Sermón 295, PL 38, 1348-1352.